

LIBROS

Jaime Gil de Biedma se jubila a sí mismo

... y vivir como un noble
[arruinado
entre las ruinas de mi inteli-
gencia.

El debate sobre si un poeta debe o no ser inteligente, no está cerrado. Hasta ahora, entre nosotros, es un debate incluso mal planteado. Los detractores de Unamuno poeta, le atribuían un exceso de inteligencia. En cambio, no se podía decir que Bécquer, Juan Ramón o el propio Federico García Lorca fueran excesivamente inteligentes. El debate está mal planteado porque la mismísima inteligencia de Unamuno queda hoy muy contestada. La buena poesía siempre es inteligente, y para ello no es preciso que el poeta tenga un coeficiente mental de niño norteamericano. Hay una inteligencia poética que repercute en la lógica del lenguaje, en su estrategia expresiva. Incluso una poesía sensorial a lo Juan Ramón tiene esa inteligencia poética, única exigible a toda clase de «amateurs» artísticos.

Pero, excepcionalmente, un poeta convierte su inteligencia (la del coeficiente mental) en ingrediente poético. La lucidez del poeta ante los demás, ante la vida, ante sí mismo es manipulada lingüísticamente con arreglo a una especial álgebra rítmica, es decir, se convierte en material poético. Para evitar que alguien confunda la poesía culta o filosófica o dosmogónica con esa poesía de la propia inteligencia a la que aludo, recurro al ejemplarismo: los poemas filosóficos de Núñez de Arce o Campoamor son sabios; los poemas de Cernuda o de Jaime Gil de Biedma son poemas contruidos con la pretensión de convertir la inteligencia de sus autores en espectáculo poético. En los tiempos en que Jaime Gil de Biedma hacía poemas comprometidos con respecto al contexto histórico (hay que darle esta vuelta eufemística porque Jaime Gil nunca ha escrito «poesía social»), sor-

prendía la distancia (no renuncia) moral con que el poeta de «Compañeros de viaje» se situaba ante sus propias experiencias y las comunitarias. Era una poesía comprometida muy poco alineada, muy inteligente por lo tanto. En esta actitud, Jaime Gil estaba acompañado por Valente y, quizá, por Carlos Barral, si de éste olvidamos el último verso de «Baños de doméstica». Esta actitud distanciada, inteligente, no impidió que Jaime Gil escribiera el más hermoso poema de la poesía comprometida española de todos los tiempos; me refiero al titulado «Barcelona ja no es bona» o «Mi paseo solitario en primavera», compilado en la amistosa y privada edición de «Cuatro poemas morales». Gil de Biedma, en este poema, da una lección de independencia estética y política. La poesía comprometida española de aquellos años se resiente de su servidumbre implícita o explícita a las líneas maestras de la coexistencia pacífica y del panmunjonismo nacional. Jaime Gil era ya entonces lo suficientemente inteligente como para ser independiente y reclamar la posesión de una ciudad-símbolo (Barcelona) para la depauperada población barraquista de la montaña de Montjuich.

Sean ellos sin más prepara-
[ción
que su instinto de vida
más fuertes al final que el pa-
[trón que les paga
y que el salta-taulles que les
[desprecia:
que la ciudad les pertenece
[un día.
Como les pertenece esta mon-
[taña,
este despedazado anfiteatro
de las nostalgias de una bur-
[guesía.

Este maximalismo poético-revolucionario en un hombre que pide perdón por haber nacido en «... la edad de la pérgola y el tenis», «hijo, dos veces, de padres propicios...», representaría algo así como el borrón y cuenta nueva de la poesía civil de Jaime Gil. En su siguiente entrega poética «En favor de Venus...», Jaime Gil toma partido por el amor, en el sentido francés de la palabra y en todos los restantes sentidos. Del erotismo a la cordialidad o la solidaridad, «En favor de Venus...» es también un «slogan» comprometido, muy comprometido porque la represión sexual y cordial era, en el momento de su aparición, el único, pero total, punto coincidente de las derechas y las izquierdas nacionales.

Tal vez, por lo hasta aquí



Tierna
incomunicación

Ginsberg, ante el juez de Chicago

«Creo que tengo una vaga idea de su profesión. Tengo entendido que en un principio fue poeta...». El juez Hoffman estaba hablando a Allen Ginsberg. Allen Ginsberg es, probablemente, el poeta americano más conocido en el mundo entero. Estaba declarando como testigo en Chicago, y el juez Hoffman —setenta y cuatro años— es quien conduce el proceso de los «Ocho de Chicago» (ver TRIUNFO, número 393). La declaración fue un «chopping». Allen Ginsberg tiene cuarenta y tres años, un talento literario indiscutible y una personalidad de las que se describen como extravagantes. En 1953 apareció su primer libro importante, «Howl and other poems», que apareció como una protesta contra la organización de la sociedad civil en los Estados Unidos, contra el «desierto de cemento armado», siguiendo la línea de quienes habían sido sus maestros directos: William Carlos Williams y Jack Kerouac (la los diecisiete años fue expulsado de la Universidad de Columbia por «haber sido visto en compañía de Kerouac»). «Empty Mirror» o «Reality Sandwiches» son otros libros escritos en el mismo tono. Trata de «crear un sentimiento de comunidad en una sociedad atomizada», tiene «aversión por la ideología», pretende que los gentes se entiendan por contacto directo («alma a alma, cuerpo a cuerpo»), trata de ser «un héroe surrealista del pueblo», puesto que el pueblo está «asqueado de los políticos», y entiende que entre todos debe haber una «tierna comunicación». Ni tierna ni dura: no hubo comunicación entre Ginsberg y su juez, Hoffman. El magistrado quedó ya atónito ante la presencia de este extraño barbudo que hacía brillar una corbata psicodélica sobre una camisa deportiva multicolor y que le saludaba con las dos manos sobre el pecho, a la manera hindú. Quiso preguntarle si conocía a Jerry Rubin —uno de

los acusados— y cuáles eran sus relaciones. Ginsberg contestó que había estado en un «be-in» (traducción directa: «estar dentro»). «No tengo ni idea de lo que está usted diciendo. ¿Qué es eso?». Ginsberg quiso explicar lo que es un «be-in». «Una reunión de jóvenes preocupados de nuestro destino planetario, imbuidos de una nueva conciencia, de un nuevo estilo de vida planetario... sobrepasando la vida a la concurrencia, la adquisición y la guerra», Hoffman se quitó sus lentes y declaró que se quedaba con una idea vaga, muy vaga, de lo que era un «be-in». Ginsberg complicó entonces más al juez explicándole algo referente a los «festivales de vida». Cuando al juez le pidió explicaciones más concretas, Ginsberg irrumpió a cantar: «Hare krishna, Krishna hare krishna. Hare ram, Hare ram, ram. Ram, Hare, here». Hoffman se limitó a decir que el idioma oficial en los tribunales de los Estados Unidos es el inglés, y que no sabía ni siquiera en qué idioma estaba cantando el testigo. «Sánscrito», replicó el poeta. «Está bien, si quiere usted buscaremos un intérprete de sánscrito». Ginsberg intentó, sin embargo, seguir cantando para explicar de qué forma se puede buscar la concordia y la paz. El juez renunció a entender nada. No es la primera vez que los cánticos de Ginsberg le traen problemas. En Checoslovaquia fue elogiado «Rey del Primero de Mayo» por los estudiantes. Ante una reunión de 100.000 personas cantó unos himnos bódicos del Tibet, y las autoridades checas decidieron expulsarlo. En Cuba, en la Unión Soviética y en Polonia fue considerado también como sospechoso, a pesar de ser entonces exiliado de los Estados Unidos. Las razones de su exilio tampoco le hacían gracia a las autoridades comunistas: había defendido la marihuana y, en general, el uso de los drogas. ■ E. H. T.